

ERNESTO CARDENAL

Cien de cien



ESPASA es POESÍA

CIEN DE CIEN

Ernesto Cardenal

*Selección y prólogo
de Aitana Monzón*



ESPASA ES POESÍA

ESPASAesPOESÍA

© Fundación Ernesto Cardenal, 2025
© Luz Marina Acosta Guillén
© por la selección y el prólogo, Aitana Monzón
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Primera edición: noviembre de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 18.355-2025
ISBN: 978-84-670-7900-5

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Nuestro amor nació en mayo con malinches en flor
—cuando están en flor los malinches en Managua—.
Sólo ese mes dan flores: en los demás dan vainas.
Pero los malinches volverán a florecer en mayo
y el amor que se fue ya no volverá otra vez.

De pronto suena en la noche una sirena
de alarma, larga, larga,
el aullido lúgubre de la sirena
de incendio o de la ambulancia blanca de la muerte,
como el grito de la cegua en la noche,
que se acerca y se acerca sobre las calles
y las casas y sube, sube, y baja
y crece, crece, baja y se aleja
creciendo y bajando. No es incendio ni muerte:
es Somoza que pasa.

La Guardia Nacional anda buscando a un hombre.
Un hombre espera esta noche llegar a la frontera.
El nombre de ese hombre no se sabe.
Hay muchos hombres más enterrados en una zanja.
El número y el nombre de esos hombres no se sabe.
Ni se sabe el lugar ni el número de las zanjas.
La Guardia Nacional anda buscando a un hombre.
Un hombre espera esta noche salir de Nicaragua.

Nuestros poemas no se pueden publicar todavía.
Circulan de mano en mano, manuscritos,
o copiados en mimeógrafo. Pero un día
se olvidará el nombre del dictador

contra el que fueron escritos,
y seguirán siendo leídos.

Tal vez nos casemos este año,
amor mío, y tengamos una casita.
Y tal vez se publique mi libro,
o nos vayamos los dos al extranjero.
Tal vez caiga Somoza, amor mío.

HORA 0

[...] En abril, en Nicaragua, los campos están secos.
Es el mes de las quemas de los campos,
del calor, y los potreros cubiertos de brasas,
y los cerros que son de color de carbón;
del viento caliente, y el aire que huele a quemado,
y de los campos que se ven azulados por el humo
y las polvaredas de los tractores destroncando;
de los cauces de los ríos secos como caminos y
las ramas de los palos peladas como raíces;
de los soles borrosos y rojos como sangre
y las lunas enormes y rojas como soles,
y las quemas lejanas, de noche, como estrellas.

En mayo llegan las primeras lluvias.
La hierba tierna renace de las cenizas.
Los lodosos tractores roturan la tierra.
Los caminos se llenan de mariposas y de charcos,
y las noches son frescas, y cargadas de insectos,
y llueve toda la noche. En mayo
florece los malinches en las calles de Managua.
Pero abril en Nicaragua es el mes de la muerte.

En abril los mataron.
Yo estuve con ellos en la rebelión de abril
y aprendí a manejar una ametralladora Rising.
Y Adolfo Báez Bone era mi amigo:
lo persiguieron con aviones, con camiones,
con reflectores, con bombas lacrimógenas,
con radios, con perros, con guardias;
y yo recuerdo las nubes rojas sobre la Casa Presidencial
como algodones ensangrentados,
y la luna roja sobre la Casa Presidencial.
La radio clandestina decía que vivía.
El pueblo no creía que había muerto.
(Y no ha muerto).

Porque a veces nace un hombre en una tierra
que es esa tierra.
Y la tierra en que es enterrado ese hombre
es ese hombre.
Y los hombres que después nacen de esa tierra
son ese hombre.
Y Adolfo Báez Bone era ese hombre.

«Si a mí me pusieran a escoger mi destino
(me había dicho Báez Bone tres días antes)
entre morir asesinado como Sandino
o ser Presidente como el asesino de Sandino
yo escogería el destino de Sandino».

Y él escogió su destino.

La gloria no es la que enseñan los textos de historia:
es una zopilotería en un campo y un gran hedor.

Pero cuando muere un héroe
no se muere:
sino que ese héroe renace
en una Nación.

Después EE.UU. le mandó más armas a Somoza;
como media mañana estuvieron pasando las armas;
camiones y camiones cargados con cajones de armas;
todos marcados USA, MADE IN USA,
armas para echar más presos, para perseguir libros,
para robarle a Juan Potosme cinco pesos.
Yo vi pasar esas armas por la Avenida Roosevelt.
Y la gente callada en las calles las veía pasar:
el flaco, el descalzo, el de la bicicleta,
el negro, el trompudo, aquella la de amarillo,
el alto, el chele, el pelón, el bigotudo,
el ñato, el chirizo, el murruco, el requeneto:
y la cara de toda esa gente
era la de un ex teniente muerto.

La música de los mambos bajaba hasta Managua.
Con sus ojos rojos y turbios como los de los tiburones

pero un tiburón con guardaespaldas y con armamentos
(*Eulamia nicaraguensis*)

Somoza estaba bailando mambo

mambo mambo

qué rico el mambo

cuando los estaban matando.

Y Tachito Somoza (el hijo) sube a la Casa Presidencial
a cambiarse una camisa manchada de sangre
por otra limpia.

Manchada de sangre con chile.

Los perros de la prisión aullaban de lástima.

Los vecinos de los cuarteles oían los gritos.

Primero era un grito solo en la mitad de la noche,

y después más gritos y más gritos

y después un silencio... Después una descarga

y un tiro solo. Después otro silencio,

y una ambulancia.

¡Y en la cárcel otra vez están aullando los perros!

El ruido de la puerta de hierro que se cierra

detrás de vos y entonces empiezan las preguntas

y la acusación, la acusación de conspiración

y la confesión, y después las alucinaciones,

la foto de tu esposa relumbrando como un foco

delante de vos y las noches llenas de alaridos

y de ruidos y de silencio, un silencio sepulcral,

y otra vez la misma pregunta, la misma pregunta,

y el mismo ruido repetido y el foco en los ojos

y después los largos meses que siguieron.

¡Ah, poder acostarse uno esta noche en su cama

sin temor a ser levantado y sacado de su casa,

a los golpes en la puerta y al timbre de noche!

Suenan tiros en la noche, o parecen tiros.

Pasan pesados camiones, y se paran,

y siguen. Uno ha oído sus voces.

Es en la esquina. Estarán cambiando de guardia.

Uno ha oído sus risas y sus armas.

El sastre de enfrente ha encendido la luz.

Y pareció que golpearon aquí. O donde el sastre.
¡Quién sabe si esta noche vos estás en la lista!
Y sigue la noche. Y falta mucha noche todavía.
Y el día no será sino una noche con sol.
La quietud de la noche bajo el gran solazo.

[...]